

**María Zambrano**

LA INTELIGENCIA DEL MUNDO ESTÁ JUNTO A LA ESPAÑA LEAL

Crítica, Buenos Aires (2 de agosto de 1937), p. 7.

Se ha celebrado en tierras de España el Segundo Congreso de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. El acuerdo fue tomado en Londres antes de que estallara la actual contienda, y ha sido posteriormente ratificado. Y hace unos días realizado en nuestras doloridas ciudades, en el Madrid tan próximo a la línea de fuego y en la línea de fuego misma.

Tres etapas ha tenido el Congreso en España: Barcelona, Valencia y Madrid, y aún otra del mayor interés: el camino y los pueblos que los congresistas han tenido que recorrer entre las ciudades. Y hasta es posible que lo espontáneo que ha saltado al camino, como tanto sucede entre españoles, haya superado en sentido y emoción a lo organizado y planeado de antemano. No sabemos aún el efecto que haya causado a los escritores llegados de afuera lo visto ni las consecuencias que en su mente van a sacar de ello. Esperamos sus artículos, sus libros, sus conferencias vivamente. Pero hoy, y aprovechando el haber nosotros llegado no ha mucho de lejanas tierras, vamos a recapitular, a sacar una visión esquemática de lo que a través del Congreso ha ido apareciendo de la tremenda realidad española.

No han sido lo principal del Congreso los debates habidos en él, ni los discursos, ni los temas tratados, con no carecer de contenido y belleza. En el ánimo de todos estaba que el protagonista no era lo que allí se trataba, ni lo importante lo que se decía. El protagonista era el pueblo español combatiente, y la mayor verdad del Congreso, el hecho magnífico de la estancia entre nosotros de esos hombres y mujeres que, abandonando sus todavía tranquilas tierras, sus afanes no perturbados por la metralla, los dejaron para venir a compartir el riesgo, la angustia y el peligro de esta guerra, la más cruel e inhumana de todas cuantas se han conocido. Al revés que los diplomáticos Congresos Internacionales, donde las palabras rara vez van más allá de una cortés convivencia, en este Congreso se respiraba desde primera hora una atmósfera de fraternidad. Los españoles vivimos hoy de cara a la muerte, burlándola en cada instante hasta llegar a la mayor naturalidad en el riesgo; es precisamente cuando alguien llega a compartirlo cuando nos damos cuenta plenamente de su existencia y recobramos el sentido de la vida normal; cuando recordamos que hay todavía lugares tranquilos en el mundo, techos bajo los cuales el sueño no amenaza tornarse eterno, cielos despejados, horizontes sin amenazas. Y esta cercanía de la muerte, cuya despierta conciencia recobramos ante la presencia del prójimo, es lo que hace mirarlo como hermano. Y ese sentimiento, que rara vez se vierte en palabras, pero que está como fondo permanente de todo cuanto se hace o se dice, es el fondo que presta profundidad a las palabras, a los sucesos al parecer triviales, transformándolos en acontecimientos cargados de significación.

En esta atmósfera se ha desarrollado el Congreso; no importa que los congresistas habláramos mucho o poco; el sentido de la fraternidad estaba allí, en el fondo de todas las miradas y de todos los corazones.

Cada ciudad ha tenido una significación distinta. En Valencia, centro hoy de todas las actividades de la retaguardia, se celebró la sesión inaugural, la de clausura y todos aquellos actos en que el gobierno de la República ha querido manifestar a los escritores llegados de afuera su agradecimiento, al par que su empeño por que se llevaran una visión justa de nuestro drama. Personalidades de tan elevada representación oficial como Negrín y Álvarez del Vayo hablaron a los congresistas con un sentido objetivo y familiar. En su casa les hablaban de los graves conflictos de su casa, con esa difícil medida de la sinceridad y el pudor, puesto que no se trataba de implorar una simpatía, ni de pedir nada, sino de poner en evidencia la justicia profunda que nos asiste en esta tremenda lucha sin precedentes.

En la última sesión dos de nuestras más destacadas figuras intelectuales hablaron: Antonio Machado y Fernando de los Ríos. El sentido hondo de nuestras tradiciones, la voluntad imperecedera de nuestro pueblo, la continuidad de nuestro espíritu y cultura. De este misterio del español que no podrá comprender quien no está dispuesto a admitir el absurdo, nos habló Fernando de los Ríos. De la diferencia entre «masa» y pueblo, Antonio Machado, afirmando su teoría de que «las masas» es la expresión burguesa para designar al pueblo, nacida de quienes lo explotan económicamente y al llamarle así le rebajan de dignidad humana y categoría espiritual. Y de esa profunda humildad con que el poeta se ha acercado siempre al pueblo y a sus profundos saberes, lejos de toda pedantería y de ese menosprecio disfrazado de quienes creen que hacer cultura popular es bajar de tono, vulgarizar la cultura que ellos tienen.

En esta atmósfera de dignidad intelectual terminó el Congreso en Valencia sus sesiones de trabajo. Después, Barcelona nos ofreció el descanso de una ciudad lejos de la línea de combate, perfectamente organizada, casi intacta. La Universidad ofreció una bellísima fiesta de cantos y danzas catalanas. Y la Alianza de Escritores Catalanes, un espléndido concierto de Pablo Casals. Era casi la paz después de la vertiginosa Valencia, del dramático Madrid.

Madrid. En «el bonito, alegre y limpio» Madrid, como decía Alexis Tolstoi, se verificó la verdadera significación del Congreso. Fue una comunión constante con los combatientes del frente de batalla. Literalmente bajo los combates de aviones, oyendo casi continuamente el sonar de los cañones que los madrileños han bautizado con graciosos mote, allí, a dos pasos de la línea de fuego, en el dolorido y luminoso Madrid, con su clara luz de siempre, se vivió algo inolvidable, pase lo que pase. Algo absoluto y cuya sola existencia ya nada podrá desvirtuar. La fusión entre el pueblo combatiente y el intelectual. Nunca hubiéramos pensado en que soldados con casco y bayoneta montaran guardia a un escritor que hablaba; nunca hubiéramos pensado en la elocuente sencillez que hacía recordar otras épocas, en la aurora de la civilización, cuando la misma razón estaba armada de esta unión, de esta confraternidad de las armas y la palabra. No tenía nada que ver con las frías ceremonias tradicionales ya vaciadas de sentido; por el contrario, una brisa de aurora, de algo naciente, quizá balbuciente en su expresión, atravesaba la sala del Auditorium de la Residencia de Estudiantes cada vez que una representación de las Brigadas combatientes en el frente de Madrid, acompañadas de sus banderas, subían a saludar al Congreso. Palabras ingenuas que aparecían descubiertas de nuevo al salir tan verdaderamente,

tan fielmente sentidas. Palabras más cortas que la verdad que expresaban. Definitivamente quedábamos obligados ante quienes así hablaban, corroborando con su sangre sus palabras. Esto fue Madrid.

Minglanilla. Peñíscola. Un pueblo atormentado y un pueblo feliz nos salieron inesperadamente al camino. Camino de Valencia a Madrid, hicimos alto en Minglanilla para almorzar. El fervor popular, ese rumor de colmena que adquiere el pueblo cuando se despierta, cuando con su rumor nos advierte, cuando nos pregunta por algo que a todos nos importa, cuando nos recuerda, al esperar de nosotros, nuestros deberes. Mujeres de negro, angustiadas mujeres de Extremadura, la dulce y pétrea Extremadura, nos salieron al encuentro y lloraban, los ojos enrojecidos, la voz desgarrada, «¡sálvennos, sálvennos del fascismo!», y seguían: «que es algo muy terrible, ¡juste des no saben!». Mujeres, madres angustiadas, lejos de sus casas blanqueadas, de sus olivos natales, de sus encinas familiares, de sus hijos, de todo lo suyo; mujeres tras-pasadas de dolor, sangre de nuestra misma sangre, en vuestro dolor, sumergidos, comprendemos toda la monstruosidad sin límites, todo lo imborrable del crimen de quien llenó vuestras vidas de angustia, de quien enturbió vuestra frente ennoblecida por todo lo que en el ser humano puede haber de santo.

Y por las carreteras, entre los olivos y los chopos, saliendo de las humildes casas pegadas a la tierra, salían los hombres que trabajan con las yuntas en las eras, los que cuidan las viñas y amasan el pan y saben de la mudable fortuna que se lleva la cosecha y de la fecundidad sagrada de la tierra, de los vientos y de las lluvias; salían los hombres del campo y dura la mirada, arrugada la frente, levantaban el puño. Y nos cruzábamos con los camiones donde los mozos van a la llamada de los regimientos, y ellos son los más alegres; las canciones de guerra: «Guerrillero, guerrillero... Extremadura te llama». «Puente de los Franceses – nadie te pasa»... Con naturalidad y con alegría marchan hacia la muerte probable.

Ya de retorno a Barcelona, un regalo, una fiesta: Peñíscola. La península donde el Papa Luna estableciera su sello irreductible frente a Roma. Todo un símbolo: España frente a Roma, ayer como hoy. Calles azules, rosadas, encaladas, llenas de tiestos de geranios y claveles, intimidad limpia, misterio ante la luz. Todo el pasado de nuestro pueblo haciéndose presente, transparente, perfecto. Todo un pueblo feliz viviendo en la belleza tan sutilmente creada por sus propias manos, viva cultura que nada más hace desear. La felicidad y la paz que España merece y que el mundo necesita.

Aznar Soler, M. (Ed.). (2018). *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (València-Madrid-Barcelona-París): Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Ed. Alfons el Magnànim.

